

Atraco en la sede central de Correos

El reloj electrónico del Palacio de Correos y Telecomunicaciones de Madrid habla dado las siete de la mañana. Los días laborables, por esas horas, el trayecto entre Atocha y Colón es un infierno: miles y miles de inconscientes y absurdos automovilistas se dirigen a sus lugares de explotación y tardan una barbaridad en llegar, y consumen gasolina como blancos y occidentales que son, y se desesperan y por eso están cabreados el resto del día. Así que el paseo que el ingenuo Carlos III diseñó para calesas, charretes, landós y tartanas es invadido para el punto de la mañana por miles de vehículos humeantes. El lunes, víspera del primero de mayo, sin embargo, el tránsito era menor y es un dato que después habrá que tener en cuenta. Como todos los días laborables, en el interior del Palacio de Correos, cientos de carteos uniformados y sin uniformar, decenas de empleados y funcionarios, se movían de un sitio a otro, de arriba abajo, del inmenso patio a las puertas de entrada, de los negociados a la calle, de las espaciosas naves a las estrechas escaleras. Nadie notó la presencia de cinco intrusos, cuatro de ellos vestidos con el gris uniforme y el otro de paisano. Como todos los días laborables, minutos después de las siete de la madrugada, en la sección de Giros se desprendían del dinero recibido la jornada anterior —en este caso, el sábado— y lo entregaban a seis carteros que, como de costumbre, lo habrían de trasladar a Cartería. Pero esa víspera del primero de mayo los millones no llegarían a su destino.

En un abrir y cerrar de ojos

El Palacio de Correos es, visto desde la calle, como una gigantesca y florida tarta de crema. El columnista marginal de esta revista decía hace unas semanas que, si él fuera Superman, se llevaría lejos tan horroroso edificio.

Ciento un millones setecientos noventa y dos mil seiscientos setenta y siete pesetas de botín. Ni muertos, ni heridos, ni disparos. Un atraco rápido, limpio y sin complicaciones, como dijo un matutino de prestigio. Después, la sorpresa, las medidas de seguridad que nadie se explica por qué no se tomaron antes, el escándalo, la manipulación; y la envidia de los honrados ciudadanos, a los que, en el fondo, les gustaría ser como los cinco intrépidos atracadores que huyeron, sin dejar huella alguna, con más de cien kilos. Una cantidad de ensueño para tanto lotero y quinielero como hay por ahí.

Es cuestión de gustos, pero no hay por qué ubicarlo en otra zona. Sus torretas, sus esquifes y peraltes, con toda la cursilería del mundo, son parte entrañable del desolador paisaje capitalino (del Estado). Desde la torre central —la más alta— se colocó en los tiempos de nuestros padres una de las primeras banderas republicanas (dicen

ca, en 300 millones valorada, y en agosto del verano pasado, en el monasterio mallorquín de Lluc, la Virgen y el Niño se quedaron sin coronas —junto al resto de las joyas sustraídas, venían a ser unos 150 millones—).

La nave central de Correos tiene 2.000 metros cuadrados. Bajo el primer escudo de vidriera —a la izquierda, se-

¿UN GOLPE PERFECTO?

GONZALO GOICOECHEA

que por eso al que cubre losa de tres mil kilos no le gustaron nunca los carteros y, en dictatorial consecuencia, los maltrató y les pagó salarios de miseria). Por dentro, la arquitectura es amplia y hay mucho mármol, majestuosas escaleras y naves rematadas en vidrieras horizontales al suelo con escudos de yugo y flechas.

El edificio fue inaugurado por don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, abuelos del actual monarca, el día 14 de marzo del año 1919. El coste total, incluido mobiliario, fue de 10 millones de pesetas, es decir, la décima parte de lo que, al cabo de sesenta años, un mes y diecisiete días, se llevaron los autores de un atraco que por méritos propios ha pasado a la historia del delito como el cuarto en importancia de los españoles (en 1976 lo que se llevaron de la catedral de Murcia valía 400 millones; en el mismo año desapareció en Barcelona una colección numismática

que por eso al que cubre losa de tres mil kilos no le gustaron nunca los carteros y, en dictatorial consecuencia, los maltrató y les pagó salarios de miseria). Por dentro, la arquitectura es amplia y hay mucho mármol, majestuosas escaleras y naves rematadas en vidrieras horizontales al suelo con escudos de yugo y flechas. El edificio fue inaugurado por don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, abuelos del actual monarca, el día 14 de marzo del año 1919. El coste total, incluido mobiliario, fue de 10 millones de pesetas, es decir, la décima parte de lo que, al cabo de sesenta años, un mes y diecisiete días, se llevaron los autores de un atraco que por méritos propios ha pasado a la historia del delito como el cuarto en importancia de los españoles (en 1976 lo que se llevaron de la catedral de Murcia valía 400 millones; en el mismo año desapareció en Barcelona una colección numismática

que por eso al que cubre losa de tres mil kilos no le gustaron nunca los carteros y, en dictatorial consecuencia, los maltrató y les pagó salarios de miseria). Por dentro, la arquitectura es amplia y hay mucho mármol, majestuosas escaleras y naves rematadas en vidrieras horizontales al suelo con escudos de yugo y flechas. El edificio fue inaugurado por don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, abuelos del actual monarca, el día 14 de marzo del año 1919. El coste total, incluido mobiliario, fue de 10 millones de pesetas, es decir, la décima parte de lo que, al cabo de sesenta años, un mes y diecisiete días, se llevaron los autores de un atraco que por méritos propios ha pasado a la historia del delito como el cuarto en importancia de los españoles (en 1976 lo que se llevaron de la catedral de Murcia valía 400 millones; en el mismo año desapareció en Barcelona una colección numismática

Doble cantidad que de costumbre

Lo primero que llama la atención a todo bicho de dos patas es que el dinero ese día era doble del habitual. ¿Coincidencia? Normalmente, no pasa de 60 millones la cantidad transportada. Pero el sábado había llegado una fuerte suma para pagar las pensiones de la Renfe. Eran pocos los que conocían este hecho. Claro que los asaltantes pudieron elegir ese día por ser finales de mes y sospechar que el botín fuera mayor. Pero lotería y asalto no suelen ir juntos.

Dos hechos fueron admitidos por la mayoría de los que



Los autores del atraco a Correos han pasado, por méritos propios, a la historia del delito, con más de cien millones de pesetas de botín.

hablan en estos casos: que el sistema de seguridad era deficiente y que la banda tenía conexiones dentro de Correos. El primero es curioso en estos tiempos de control, y grotesco, si se tiene en cuenta que el Ministerio del Interior multa a los Bancos que sufren robos, mientras que es incapaz de mantener el control de una empresa perteneciente a su departamento. El segundo tiene su miga.

En Correos, como en toda empresa que se precie, hay jefes, subjefes, adjuntos a los jefes, jefecillos, jefezuelos y, después, trabajadores. Como es una empresa del Estado, las primeras mesnadas abundan y los últimos, unidos en el mal pago, se dividen entre serviles —en Correos hay cantidad de hombrecillos que se levantan reverenciales cuando pasa un jefe— y enemigos de los que mandan. Como al rebaño de votantes le da en Navidad por escribir postalitas de colorines, hay un grupo aparte de gentes a las que sólo se explota —en esa empresa al menos— en los meses de invierno. Pasaron a ser los primeros sospechosos. La Policía ha investigado, una por una, sus fichas; se supone que incluidas las de los hijos del señor

Acha (unas Navidades, en plena huelga de los trabajadores fijos, los eventuales —algunos— fueron esquirols y los hijos del entonces director salieron fotografiados en los periódicos para dar ejemplo de honradez, audacia frente a los piquetes marxistas, amor filial y abnegado espíritu de entrega). Pasados siete días no habían encontrado nada de particular. También se sospechó de los carteros fijos. Pero, ¿era tan difícil enterarse de lo que cada madrugada ocurría en el edificio de Cibeles? Si un pobre currelante, a treinta mil por mes, lleva cada día varios millones, es lógico que lo comente con su mujer, con sus hijos, en el bar y hasta en el fútbol. Mas, ¿por qué la filtración ha de provenir necesariamente de la base y no de la cúspide? Si se admite que los atracadores tenían conexiones dentro de la empresa, no hay que olvidar que el robo se realizó el día que más dinero había. Esto lo sabían muy pocas personas, menos, bastantes manos, que los que conocían el movimiento cotidiano de las sacas millonarias. Y era así desde el sábado. La remesa fuerte de dinero, ya lo hemos dicho, procedía de otra empresa estatal: Renfe. Puestos a imagi-

nar posibilidades —y todos los caminos son válidos para el sagaz investigador—, hasta se puede pensar en una doble conexión de la banda. Desde un sitio se provoca un envío y en el otro se atraca. La fecha fue en cualquier caso perfecta: un día libre de por medio y un puente descongestionador del tránsito mañanero; lo primero facilita la preparación, el ultimar los detalles; lo segundo permite la huída caso de que algo falle.

Aunque se prefiera un golpe incruento, siempre hay que ir preparado para utilizar la violencia —las pistolas— si surge algún obstáculo. En este caso, no fue necesario y por eso el golpe tuvo algo de heroico, algo de bueno, como si cada uno de nosotros hubiéramos deseado participar en él, tan fácil, tan brillante, tan rentable como resultó el riesgo. Si no se encuentra a los autores, el caso puede llegar a ser mítico. Porque no hay crimen perfecto si se localiza al culpable. Y el crimen, como el pecado, tiene su atractivo (y más si te saca de la miseria).

Si se da como posible que el grupo nada tenga que ver con la empresa, hay que aceptar que la suerte les resultó favorable. ¿Fueron a

buscar setenta millones y se encontraron con el doble? Muchas veces hay menos de lo que piensan. ¿Por qué no a la inversa?

En el momento de cerrar este número, la Policía nada ha dicho sobre los posibles autores. La Dirección General de Seguridad ha decidido imponer un severo control en el edificio. Nadie ha sido expedientado ni multado. Los depósitos de dinero han disminuido y parte han sido canalizados a través de las Cajas Postales. Los atracadores han podido salir de Madrid, pero no hay motivo para que lo hayan hecho. Los escondites pueden ser miles. Si no enloquecen gastando el botín y su informador —caso de que haya existido— permanezca sereno, es posible que nunca los encuentren. Hay quien piensa que tal vez sean fascistas, porque en este tipo de robo siempre hay fascistas de por medio (ex nazis y gente así). Pueden, sean quienes sean, soltar el dinero sin preocuparse demasiado: no son series correlativas. Los demás seguiremos trabajando y, de cuando en cuando, nos vendrá como un resquemor propio de honrados ciudadanos, como una envidia pecaminosa y muy atrevida.